

Asonada

Manuel Campa

Los éxitos políticos tienen siempre padrinos, los fracasos, si es posible, se remiten a otros. Cada vez que hay una asonada o pronunciamiento militar en Hispanoamérica, como esto tiene, justamente, muy mala imagen pública, las elucubraciones históricas, para explicar el desastre, pueden llegar hasta más allá de la Edad Media. Los recientes golpe y contragolpe de Venezuela, de mediados de abril, motivaron, no sólo análisis políticos inmediatos de los hechos, sino también sesudas reflexiones sobre los orígenes de esa tendencia hacia el caudillaje como enfermedad inveterada en Centro y Sudamérica. No pocos economistas realizan un diagnóstico rápido: el nivel y el modelo de desarrollo de estos países dificultan enormemente la estabilidad democrática. Los historiadores suelen recurrir a dos momentos históricos decisivos: en primer lugar, a la pugna de caudillos, que siguió a la declaración de independencia, con el apoyo de diferentes regiones, lo que rompió las divisiones administrativas de la colonia española. Pero, no faltan los que buscan los perfiles originarios de este fenómeno en la Edad Media española, y aun antes. Así, en una publicación venezolana de estos días, se llega a citar, como antecedente remoto de la última manifestación de caudillaje, al conde castellano del s. X Fernán González, quien consigue emanciparse del Reino de León. Ciertamente, la visión de Hugo Chávez, primero empuñando la espada de Bolívar y, poco después, con un crucifijo y hablando con Dios, tras ser liberado, bien se parece a cualquier historia medieval. Sánchez Albornoz subraya que ni Fernán Gonzáles ni sus sucesores dotaban con grandes propiedades a sus guerreros nobles o infanzones, probablemente, para mantener mejor la vinculación personal, luchando en unos terrenos cuyas llanuras hacían difícil resguardarse de los ataques árabes. Fernán González o el Cid podrían ser, según una hipótesis, lejanos antecesores de esa perdurable tendencia de algunos pueblos colonizados por España a vulnerar el orden constitucional... Pero, si esta tesis resulta muy difícil de probar históricamente, pues salvadores de la patria proliferan en áreas culturales muy diversas, sin embargo no puede negarse un aire de familia a la representación de ese caudillaje hispanoamericano, que aparece en las grandes recreaciones literarias. Comenzando por la primera, la más importante, y que fue el arquetipo de todas las demás: “Tirano Banderas”, de Valle Inclán. El gran escritor galaico confesaba, en una carta personal a Alfonso Reyes, que, en contra de lo que a veces se afirmaba, su fuente de inspiración no había sido, única ni principalmente, la figura de Porfirio Díaz, sino un ramillete de dictadores, además de don Porfirio: el Dr. Francia, Rosas, Melgarejo y López. Incluso el habla en Tirano Banderas, rebasa el registro de Méjico, convirtiéndose en una especie de koiné o mezcla hispanoamericana. Lo cual tiene unas implicaciones claras: Valle Inclán inmortaliza en una obra de arte, construida en torno a la figura de Santos Banderas, la mueca verde, el perfil extravagante del dictador hispanoamericano. Esa síntesis genial fue posible porque el autor pudo encontrar un cierto aire de familia en el entorno político de personajes tan dispares como don Porfirio –“mestizo, oscuro, rudo, pragmático, orgulloso y cumplido”, según un historiador mejicano- y el paraguayo Dr. Francia, estrellero y mago, según la leyenda, que, a su vez inspiró a Roa Bastos la novela “Yo, el Supremo”. Otros grandes novelistas americanos siguieron la estela del autor de Villanueva de Arosa, como Miguel Angel Asturias, en “Señor Presidente”, inspirado en la dictadura de Estrada Cabrera, o García Márquez, en “El Otoño del Patriarca”, o Vargas Llosa, en “La Fiesta del Chivo”, sobre el régimen de Trujillo. Si en la serie el “Ruedo Ibérico” Valle rescató la quintaesencia del mundo isabelino de nuestra reina castiza, con Tirano

Banderas retrata de modo genial una de nuestras peores herencias, la de los salvadores de la patria. Al lado de tesoros como el idioma, o las edificaciones renacentistas y barrocas, hemos dejado también alguna herencia menos valiosa. Todas estas novelas de dictadores tienen unas virtualidades que rebasan el ámbito literario. Cada una de ellas, más allá de su belleza estética, parece invitarnos a los hispanos a nunca más dejarnos seducir por los salvapatrias, ni por los grandes, ni por los pequeños. La esperanza de salir de una democracia corrompida –parecen decirnos- sólo debe llevar a la regeneración de la misma. La imagen de Chávez con la espada y el crucifijo es inquietante, pues evoca estampas castellanas muy arcaicas. Es preferible que, como único adorno, se presente en el futuro ante la televisión con un texto constitucional, votado libremente por los venezolanos.